

SEXUALIDAD Y EDUCACION

Dra. Joaquina JUDEZ FAGEDA

1 LA SEXUALIDAD. DEFINICION Y NATURALEZA DEL INSTINTO SEXUAL

Se define el instinto como una tendencia hacia un objeto con necesidad de poseer este objeto apetecido.

El número de instintos considerados en el hombre varía en función de concepciones psicológicas distintas, desde no aceptar la existencia de instintos hasta considerar que la conducta del hombre en su totalidad es dirigida por sus instintos.

El instinto sexual, comparado con otros instintos, tiene unas características especiales.

— Sobrepasa el plano somático del individuo para incardinarse en su propia psicoafectividad.

— No empieza y termina en el mismo individuo, sino que se proyecta en otra persona, constituyendo una experiencia vivida en dualidad y con repercusión somática y psíquica.

— Esta experiencia puede trascender más allá de estos individuos con el fruto de un nuevo ser, cuya existencia instaurará una nueva dinámica en el plano existencial de la pareja a lo largo de toda su vida.

— El instinto sexual es muy elástico y adaptable a las situaciones ambientales. En instituciones cerradas a un trato heterosexual, cárceles, campos de concentración, etc., es más propicia la homosexualidad. El bestialismo más frecuente en los pastores que pasan meses junto al ganado confinado en las altas montañas. Entre los embalsamadores del antiguo Egipto, que vivían en la propia necrópolis, había quienes se relacionaban sexualmente con muertos. Estas personas, al volver a su ambiente familiar habitual, desarrollan unas relaciones sexuales normales; es decir, dentro de los esquemas aceptados como válidos en la sociedad en que viven.

— Es menos vital para la vida del hombre que otros instintos, pudiéndose derivar su energía hacia otras actividades no sexuales, habiéndose llamado a éste proceso sublimar la sexualidad al entender que la persona en cuestión renuncia a la práctica sexual para entregarse a otra actividad aceptada por ella como cualitativamente mejor.

La sexualidad puede considerarse bajo tres aspectos:

- Posibilita la comunicación entre dos personas.
- Como experiencia placentera.
- Reproducción de la especie humana.

La finalidad de la persona al coitar puede ser buscar el cumplimiento de las tres posibilidades mencionadas o dos o una de ellas indistintamente, dependiendo de la educación sexual que se haya recibido. También, según sea esta educación, una persona podrá sentirse después del acto sexual: a) plenamente realizada; b) con un sentimiento de autoinfravaloración. Esto aún dentro de una situación social legalizada como es el matrimonio.

La comunicación

Comunicarse es superar el propio individualismo traspasando nuestros límites y los límites del otro, entrando en el área de su existencia misma. En la actividad sexual la comunicación puede serlo en los planos somático y psicológico del individuo. No consideramos al hombre como una realidad formada por dos partes cuerpo y psique, sino como una unidad psicósomática; pero no hay duda de que en la relación sexual la comunicación psicoafectiva exige una elaboración más sutil que la pura relación física. En los animales, la relación sexual más se concreta en una expresión física cuanto menor es el nivel evolutivo, alcanzado dentro de la escala filogenética.

La comunicación psicoafectiva es propia de los seres más evolucionados.

Si nos concretamos al hombre, la comunicación psicoafectiva en la relación intersexual depende de cómo se haya o no favorecido el conocimiento de los sexos entre sí; los chicos y chicas que no crecieron y aprendieron juntos, mal pueden conocerse y valorarse cuando, llegada la adolescencia, deben frecuentarse. En estos casos, muy a menudo la imagen que en el chico y chica destaca de su sexo opuesto es la de la valencia sexual, la genitalidad, desconociéndose o alterándose los demás valores. En una gran mayoría de parejas la razón primordial, el móvil del matrimonio, es el intercambio sexual, no llegando a profundizar en el conocimiento de valores y atributos personales de la pareja ni buscar una sintonía en este sentido, dificultando con ello la comunicación psicoafectiva.

El hombre tiende a considerar a la mujer inferior, no capacitada para comprender su problemática.

Hurloch habla de la angustia sufrida por el muchacho llegada la edad de relacionarse con las chicas. A sus encuestados les preocupaban cosas como éstas: no saber de qué hablar con las chicas, cómo dirigirse a ellas para pedir una cita, cómo hacer para agradarlas, como si realmente la chica fuera algo sustancialmente distinto al chico, y de ahí necesitara un trato muy particular. Sin duda que la coeducación bien entendida y llevada debe redimir a toda esta problemática y posibilitar un más profundo e integral conocimiento y entendimiento entre ambos sexos.

Una experiencia placentera

La sexualidad se halla íntimamente inscrita en la psicobiología del individuo; los sentidos conducen al cerebro, los estímulos que dimanar del objeto amado o apetecido, produciéndose respuestas conscientes y totalmente controladas por el individuo, y respuestas neurovegetativas indirectamente influenciadas por el estado psicológico del individuo pero, por otra parte, incontrollables por la voluntad (fases del acto sexual, excitación, meseta y orgasmo). Todo ello acompañado de una sensación placentera, cuyo acmé se halla en la fase del orgasmo, de una duración de tres a cinco segundos, a la vez que una vivencia de descarga tensional, siguiéndole un estado de relajación, que en algunos se acompaña de sueño.

El placer sexual, por tener como base desencadenante unos mecanismos neurofisiológicos, está muy influenciado por la preparación psicológica de la persona; la mediatización es de tal grado, que puede llegarse a bloquear todo el proceso neurofisiológico, no llegándose a la fase cumbre del orgasmo. De

una mala educación sexual resultará, entre otras cosas, un inadecuado conocimiento del sexo opuesto, conocimiento suolido por fantasías deformadoras de la realidad, interpretándose el acto sexual como una agresión o humillación. El miedo y la vergüenza se dan otra veces en el coito, obstaculizando también el desencadenamiento neuropsicológico. Las consecuencias serán: impotencia, frigidez, vaginismo, dispareumia, frustración, sentimiento de culpa, estados de ansiedad, constituyéndose en un círculo vicioso, que hará cada vez menos posibles unas relaciones maduras y gratificadoras.

La actividad del hombre y la mujer frente al placer sexual ha sido muy distinta como consecuencia de las influencias educacionales en uno y otro: o no hubo educación alguna, o la que hubo en la mayoría de los casos fue mala.

En ambos sexos observamos falta de conocimiento o deformación acerca de lo que es la sexualidad y de los fines que busca.

Además, y por parte del hombre:

- Considerar a la mujer como un ser incapacitado o poco apto para gozar en el acto sexual.
- No estar bien visto ni de buen tono que la mujer gozara en el coito.
- Considerarle un papel pasivo y dependiente del hombre.
- Desconocer la proporción afectividad-sexualidad en la mujer.
- Desconocer su ritmo neurofisiológico sexual.
- No considerarla como una compañera capaz de sintonizar con él a nivel afectivo, intelectual y fisiológico.
- Falta de respeto y consideración.

Las exposiciones acerca de la mujer de personas mundialmente calificadas y conocidas puede reflejar cuanto antecede.

Verlaine: *Cuantos menos pensamientos haya en tu cabeza, más me gustas.*

Oscar Wilde: *Un animal irracional, pero adorable.*

Pitágoras: *Hay un principio bueno que ha creado el orden: la luz y el hombre, y un principio malo que ha creado el caos: las tinieblas y la mujer.*

Aristóteles: *Nosotros hemos de considerar el carácter de las mujeres como si sufrieran de una defectuosidad natural.*

Platón: *El amor de un hombre con otro hombre es puro; el amor de un hombre hacia una mujer, ¿es impuro?*

Por parte de la mujer:

- Aceptar un papel pasivo. Sentirse utilizada como un objeto.
- Sentimientos de culpa e infravaloración al perder la virginidad.
- Renunciar al placer por considerarlo lascivo.
- Tener del hombre una imagen de agresor que busca únicamente una satisfacción personal.

La procreación

De siempre la más generalmente aceptada y en determinados momentos históricos, el único fin permitido que se concedió y justificó la sexualidad, aunque implícitamente siempre o casi siempre, de forma más o menos concienciada por el individuo, en la relación sexual ha habido comunicación aun-

que fuera rudimentaria y placer, individual o más o menos compartido con el «partenaire».

Hablar de procreación sugiere temas tales como planificación familiar, paternidad responsable, anticonceptivos, aborto, todos ellos hoy en estudio y discusión y a tener en cuenta en el programa de formación sexual de los jóvenes.

La vida sexual de un individuo es el resultado de una mezcla de facetas diversas unas heredadas, otras adquiridas a lo largo de experiencias e influencias ambientales. Es obvio que los sistemas neurohormonales, el impulso sexual, los órganos por los que se canaliza y manifiesta la sexualidad son producto de la información genética y son similares para toda la especie humana. Lo que varía es la manera de comportarse el hombre frente a la sexualidad.

Las diferencias de conducta sexual observadas entre unas y otras personas están condicionadas por las influencias ambientales, religión, familia, escuela, nivel de desarrollo cultural-económico, época histórica, y aun localización geográfica.

La conducta sexual del hombre es muy independiente de las Influencias hormonales, al contrario de lo observado en los animales. En el comportamiento sexual humano interviene como faceta primordial el aprendizaje en función de condicionamientos del ambiente en que se ha formado.

Atendiéndonos a la filosofía que envuelve las distintas conductas sexuales observables, Isadora Rubin en los Estados Unidos las califica en las seis variantes siguientes:

— El *ascetismo tradicional* que proscribía absolutamente toda actividad sexual fuera del matrimonio y la acepta en el matrimonio, aunque con repugnancia, insistiendo en su función de procreación. Es el puritanismo victoriano integral.

— El *ascetismo ilustrado* tolera el beso y las caricias entre novios o enamorados, pero proscribía la actividad sexual a fin de luchar contra cierta «mollicie» corriente en nuestra época que ofrece tantas ocasiones de satisfacer todos los apetitos. La juventud es la época de la vida en que el individuo debe aprender a dominarse y a obligarse a una disciplina, especialmente en el terreno sexual, que se presta eminentemente a una demostración del control de sí.

— El *liberalismo humanista* se opone a un todo absoluto para preocuparse únicamente de las relaciones entre individuos. Cualquier grado de intimidad es admisible cuando se sitúa en un contexto afectivo.

— La *anarquía sexual* reivindica la supresión de todos los tabúes sexuales, así como las nociones de inmoralidad y de vergüenza. Una sola restricción: nadie debe herir a su prójimo o hacerle violencia.

— El *radicalismo humanista*, según el cual la sociedad debería dejar a los jóvenes una libertad sexual casi completa.

— La *moral del placer*, finalmente, propone como principio que el sexo es fuente de placer cuya multiplicación hay que buscar.

Ninguna de ellas por sí sola nos satisface. Del ascetismo ilustrado adoptaríamos la idea de que la juventud debe aprender a ser consciente de sus instintos, supeditándoles a un uso responsable, pero poniendo tanto cuidado en el sexual como en los demás instintos. Mucho se habla del instinto sexual

y muy poco, por ejemplo, del mal uso que nuestra sociedad hace del instinto del poder.

Del liberalismo humanista, la importancia que da a la relación afectiva interindividual.

De la anarquía sexual, el respeto que debe merecer el otro en toda relación de este tipo.

De la moral del placer, el que éste cuente con algo bueno y deseable en la relación sexual.

Diríamos que la sexualidad debe ser completamente responsable. El acto sexual es la expresión a nivel físico de una comunicación psicoafectiva entre dos personas. A esta expresión deben concurrir y contribuir ambas personas con igualdad de derechos y participación, ayudándose mutuamente para lograr los fines que se han propuesto, y debe estar basado en un respeto y consideración al otro. Sus objetivos lo son a tres niveles:

— *Psicoafectivo*: afirmar y completar el conocimiento, la comunicación y unión entre dos seres.

— *Fisiológico*: procurar una descarga de tensión y como consecuencia, un estado de equilibrio y relajación placentera.

— *Social*: la procreación, por la cual la pareja humana se trasciende a sí misma.

2. LA EDUCACION SEXUAL EN EL NIÑO Y EN EL ADOLESCENTE. CARACTERISTICAS EVOLUTIVAS

La niñez es la época de la vida en que los procesos más importantes son el desarrollo del hombre. Transformar el potencial heredado en realidad y en función de las necesidades ambientales que rodean al ser. El crecimiento físico y la educación señorean la etapa de los niños.

La educación tiene un fin más ambicioso que la instrucción. Es el desarrollo de aptitudes corporales e intelectuales que hacen posible el conocimiento y una conducta adecuada a las exigencias del medio, procurando el progreso dentro de un bienestar psíquico, somático y social del hombre. El hombre es un ser inacabado y en continua evolución; es por esto que la educación debe tener un sentido anticipatorio y resolutivo. Anticipatorio porque debe preparar al niño para la época que le tocará vivir. Resolutivo porque debe prevenirle de los errores de su época en busca de un mayor equilibrio, libertad y felicidad.

La sexualidad, al igual que todas las demás esferas del desarrollo, debe iniciarse en la infancia. No conocemos ningún aspecto del hombre en ambos planos somático y psíquico que no se rastree desde la infancia. El niño se percata de la existencia del otro sexo a los tres años, iniciándose en estos momentos la relación diferencial entre los sexos, aunque lógicamente es distinta de la existente en el adulto, como lo es la inteligencia sensorio-motriz respecto a la inteligencia lógica. La educación sexual del niño compete a la familia, a la escuela y a la sociedad con fuentes de información no verbales, verbales y científicas, variando en función de las etapas evolutivas del niño. Apoyándose siempre en la verdad y el respeto, los mayores deben dar a conocer al niño de forma paulatina y según su grado de madurez los fines psico-

afectivos, fisiológicos y sociales de la sexualidad. En esta cuestión como en tantas otras el ejemplo dado es capital en la formación.

El fin social de la procreación no siempre será deseado en el acto copulatorio, pero apoyándonos en el principio de que en el ente hombre participan cuerpo y psique, tendremos cuidado de aceptar esta unidad en las manifestaciones de la sexualidad. Es ilógico intentar obrar rechazando la realidad de la naturaleza humana pretendiendo ser sólo espíritu; también es incompleto buscar el disfrute sexual «por ser» olvidando nuestra condición psicoafectiva que tanto nos cualifica respecto al resto de los animales.

El niño debería encontrar este equilibrio en todas las manifestaciones que acerca del sexo le llegan de los adultos, pero ocurre que nuestra formación sexual no fue adecuada y no siempre logramos dar una imagen limpia de la sexualidad, hallando dificultades en aceptar la participación del cuerpo sin reservas mentales y en armonía con el espíritu. Quizá cabría aquí aplicar el término de sublimación de la sexualidad al considerarle su justo valor.

El desarrollo de la sexualidad se incardina en el desarrollo del conocimiento y de la afectividad del niño, siguiendo esquemáticamente el siguiente proceso:

Desde el nacimiento por medio de los sentidos, va percibiendo su propio cuerpo como algo independiente de los objetos que coinciden en su marco existencial: *a)* percepción visual: su cuerpo permanece mientras las demás cosas varían; *b)* percepción táctil: es distinto arañar la sábana a arañar su propia pierna, morder el sonajero o morderse el dedo; *c)* percepción acústica: descubre y distingue sus propios sonidos—voz, llanto—de los ruidos ajenos a él mismo. Las sensaciones nacidas del contacto con su mundo externo hacen que vaya percibiendo sus propios límites, su propia realidad, contrastándose en cada momento con lo que le rodea. Al mismo tiempo, y poco a poco, las sensaciones que se originan en él mismo—hambre, sed, dolor, etcétera—le proporcionan un conocimiento de su mundo corporal intenso.

El niño explora las partes de su cuerpo hasta formar su esquema corporal. La distinta sensibilidad de las zonas exploradas produce sensaciones distintas. Es posible descubra zonas cuyo contacto le produzca dolor, con lo cual evitará tocarlas (ojos, parte interna oídos); zonas cuyo contacto le proporcionará placer (boca, genitales, paso de las heces por la mucosa anal). El placer logrado actuará como refuerzo de su conducta y el niño tenderá a buscar placer estimulando estas zonas. En la fase oral del primer año de vida, la anal de los dos a tres años y la genital. Una de las causas del síndrome encopretico puede ser la resultante placentera de estimular la mucosa anal con el paso y retención sucesiva de las heces.

El hallazgo de los genitales como zona productora de placer puede ocupar al niño en la manipulación del pene y a la niña en el frotamiento de la vulva, valiéndose de superficies más o menos adaptables a esta función (almohada, brazo de un sillón, borde de una silla, etc.).

A los dos o tres meses el niño sonríe a la figura humana, patentizando su capacidad de establecer un contacto afectivo. A los ocho meses distingue entre las personas a aquellas con las que mantiene una relación más estable y estrecha (padres, hermanos, otros). A partir de este momento, a lo largo de toda la infancia, las relaciones afectivas con los seres vivos irán estructurándose según la calidad de los contactos a que tenga opción y el grado

de satisfacción o insatisfacción que le produzcan, siguiendo por norma repetir aquellas conductas que le produjeron experiencias gratas y desterrar las ingratas, no repitiendo las conductas que las causaron. Porque le agrada agradar a los padres, el niño no llorará como hacen las niñas, ni las niñas jugarán a juegos de chicasos.

El niño es egocéntrico, tendiendo a polarizar en él el interés de quienes le rodean.

A lo largo de la infancia, la cognición del mundo va elaborándose. Al principio todo es confuso, sin forma ni esencia determinada, sin causa ni ley. Primero es una percepción inintencionada, casual de la realidad, lo que establece las bases del conocimiento; después va emergiendo el interés por conocer, porque necesita saber para adaptarse a la realidad y para evitar la angustia que despierta en nosotros lo que no se sabe qué es. Y así preguntará de todo. En el terreno sexual, a los tres años suele extrañarse de por qué los niños y las niñas tienen el sitio del pipí distinto. Luego, qué son los bultos que tiene la mamá debajo de la ropa, y en general qué tienen los mayores debajo de la ropa, e incluso los demás niños. Más adelante, al descubrir que todas las cosas tienen sus causas, procesos y efectos, se interesará acerca de dónde vienen los niños y de todo cuanto gira entorno a este tema. La ansiedad del niño crecerá en la medida que los adultos se manifiesten con ansiedad, turbados o indecisos y no den ideas convincentes y claras.

La plasticidad del niño, su incondicionalidad hacia los padres y adultos en general, hacen que queden plasmadas en él las actitudes de éstos y aun por su incapacidad de reflexión el niño las acrecienta y desorbita.

Cuando el niño no logra satisfacer correctamente su normal curiosidad en materia de sexo, el bloque de cosas, hechos y vivencias que constituyen lo sexual cobra más interés para él, destacando en importancia sobre todos los demás conocimientos. No saber sobre aquellas cuestiones le intranquiliza y angustia, trata de buscar y descubrir por su cuenta y como sea, entre temor, recelo y sentimientos de culpa, supliendo por vía de la imaginación todo lo que no sabe por la del conocimiento. Aquí puede iniciarse la patología sexual.

La sexualidad interesa al niño durante toda la infancia; no obstante, durante los años ocho a diez los hay en que este interés es secundario, debido a los atractivos que ejerce en ellos los aprendizajes y actividades escolares.

La conducta sexual del niño y su actitud frente a ella variará según la etapa evolutiva por la que el niño atraviesa y la calidad y actitud de cuanto y cuantos formen su mundo, cuya fuerza se sobrepone a la personalidad en desarrollo desde la niñez. La conducta y el interés observados no serán los mismos en todos los niños ni en todas las edades, dependiendo de su temperamento y aprendizajes realizados.

El mundo del niño se centra en él mismo. Vive en el hogar, la escuela, la amistad con una carga afectiva unidireccional que converge en él. Está tan ocupado en sí mismo, en descubrirse y descubrir cuanto le rodea, que ignora la dimensión del otro y cuanto no se relacione directa o indirectamente consigo mismo. La adolescencia abrirá una nueva dimensión y sentido a la existencia; nace en el niño la capacidad de reflexión. Dice Spranger que la adolescencia «empieza cuando el tiempo súbitamente es vivido»; y nuestro García Hoz: «no es el nacimiento del hombre, sino el nacimiento de algo en el hombre, y ese algo no es otra cosa que la intimidad».

En la adolescencia se emerge de sí mismo y se descubre el sentido trascendental de las cosas. En este descubrir lo que hay más allá de su mismidad encuentra y conciencia al «otro», necesitando entrar en su mundo y mostrarle a la vez el suyo en un inicio de comunicación humana.

En el adolescente se operan cambios que repercutirán en su forma de actuar que Mira y López especifica así:

— Alteración de su morfología con ruptura de la apreciación global del soma.

— Alteración de sus «sentimientos vitales» como respuesta a los cambios funcionales psiconeuroendocrinos ocasionando labilidad e inestabilidad.

— Necesidad de reajustar su concepción del mundo a las nuevas normas de «valor», surgidas como resultado de su distinto enfoque afectivo y de la puesta en marcha de la abstracción. Aspira a reestructurar su estilo de vida de acuerdo con la norma que le parece más primordial e importante para asegurar la paz en su conciencia.

— Constante proyección del yo hacia el futuro y búsqueda angustiada de su destino (social, amoroso, profesional, etc.).

— Necesidad imperiosa de afirmar la propia personalidad, y al mismo tiempo lucha contra el temor (interno) y la coacción (externa) que dificultan la «independización» o «destete familiar».

— Erotización o «impregnación erótica» de su individualidad como resultado del aumento enorme de las hormonas sexuales circulantes en el sistema hemático de los prepúberes y púberes. Aparece en ellos unas veces confundiendo y otras destacándose netamente en el campo de los sentimientos vitales un oscuro deseo de aproximación y posesión sexual, no siempre vinculado a la presencia individual del sexo opuesto (experiencias homosexuales). La falta concreta de un objeto libidinoso ocasiona la difusión del anhelo a todos los ámbitos de la conciencia, produciendo en ella una impregnación tal, que todo su contenido—intelectual, afectivo o práctico— puede llegar a adquirir sexo: palabras, objetos, gestos, valores, etc., se tiñen de masculinidad o feminidad.

En la infancia, la sexualidad, como todas las demás vivencias del niño, es experimentada y contenida en el mismo niño; en la adolescencia necesita proyectarse en el otro. La conducta sexual como relación se aprenderá a partir de este momento.

En este aprendizaje influyen los conceptos que sobre la sexualidad el joven haya ido elaborando a lo largo de la infancia y las condiciones que hayan concurrido en las primeras experiencias sexuales. No podemos eludir una consideración a las características de nuestra sociedad, que tiende a reprimir toda relación sexual a los adolescentes apoyándose en su incompetencia socioeconómica para formar una familia, siendo ésta la única vía de acceso a unas relaciones sexuales oficialmente aceptadas. Hacer otra cosa supone vivir la experiencia con sentimientos de culpa o liberarse de los cánones que impone la sociedad. El incremento del desarrollo socioeconómico exige del adolescente más preparación técnica y hace más difícil alcanzar el nivel de solvencia socioeconómica suficiente para el matrimonio. Por otra parte, este mismo incremento del desarrollo socioeconómico, al aumentar los estímulos ambientales (luces, ruidos, colores, movimiento, velocidad, estímulos sexuales, relaciones sociales) anticipan los cambios puberales e incrementan la estimulación erótica. El desequilibrio que se origina entre las exigencias fisio-

lógicas sexuales y las normativas sociofamiliares crea una situación conflictiva al adolescente, el cual, en un marco de angustia y sentimientos ambivalentes de culpa de racionalización y autoliberación, opta deliberadamente o se encuentra a veces sin saber bien cómo en una o más de estas vías:

- Sublimación de los impulsos.
- Masturbación.
- Relaciones heterosexuales precoces.
- Relaciones prematrimoniales.
- Relaciones homosexuales.

Sublimación de los impulsos. En el trabajo, deporte, política, religión o competición.

Masturbación. Según datos estadísticos, la practican el 95 por 100 de los chicos. En las chicas, las cifras son inferiores, aunque hay bases para creer que en realidad es mayor el número. En la chica la masturbación es menos aparatosa que en el muchacho; esto y la ignorancia en cuestiones sexuales hace que muchas de ellas la practiquen ignorando su verdadero sentido.

La significación Inmoral de la masturbación es posterior a la Reforma, ya que anteriormente la Iglesia no se ocupa de ella.

La masturbación ocupa una fase de la maduración de la sexualidad en espera de la unión compartida, y así debe ser entendida por el adolescente, descargándole de sentimientos de culpabilidad.

Al salir de su ensimismamiento el adolescente debe encontrar en la vida intereses e ideales que le atraigan y ocupen. Cuando la vida afectiva del adolescente es rica hay menos necesidad de buscar satisfacción en uno mismo.

El interés de padres y educadores debe estar en facilitar y descubrir a los jóvenes estos intereses e ideales.

Cuando a los padres les preocupa en exceso el hecho de la masturbación, corren el riesgo de preocupar y ocupar al hijo en ella más de la cuenta, bloqueándose con sentimientos de culpa y de inferioridad las realizaciones personales en campos tan amplios y variados como son los que ofrece la vida adolescente.

Relaciones heterosexuales precoces. Son más frecuentes en la actualidad, debido al erotismo ambiental. Datos estadísticos ingleses refieren que en estas primeras experiencias los móviles son distintos para chicos y chicas. El chico tiende a satisfacer primordialmente sus pulsiones sexuales, mientras que en la chica es mayor la carga afectiva. Los distintos fines que supone para el chico y la chica estas relaciones sexuales, la inmadurez psicoafectiva del adolescente, la labilidad emocional referida anteriormente hacen que la continuidad de estas relaciones se vea comprometida fácilmente, pudiendo causar serias frustraciones tanto mayores si el adolescente no preveyó y asumió esta posibilidad de rotura.

Kinsey y colaboradores en el estudio que hace de la sociedad americana, ejemplo de sociedad sexualmente restrictiva, informan que la copulación fue intentada durante o antes de la adolescencia por el 22 por 100 de los muchachos americanos que entrevistaron. La primera experiencia tiene lugar generalmente entre las edades de diez y catorce años. Aproximadamente a la edad de doce años, un niño de cada cuatro o cinco al menos ha intentado copular con una niña o una mujer. Más del 10 por 100 de estos muchachos experi-

mentan su primera eyaculación en conexión con el intercurso heterosexual. Considerando todos los hombres entrevistados en el estudio de Kinsey, se hace patente que unas dos terceras partes de ellos tuvieron al menos una experiencia premarital que supuso la copulación. La frecuencia de tal comportamiento varía con el nivel socioeducativo, y casi universal en los hombres que no tienen una educación superior al octavo grado.

Existen en nuestro planeta numerosos ejemplos de sociedades que enfocan de forma muy distinta a la nuestra la educación sexual de los niños, como podemos conocer por las publicaciones de Beach y Ford, Margaret Mead y Malinowski.

En estas sociedades calificadas por Beach y Ford como permisivas, los niños tienen la oportunidad de observar la conducta sexual de los adultos y participar en las discusiones sobre cuestiones sexuales. Entre los aloreses (Oceanía), a los cinco años están bien informados sobre todos los detalles del acto reproductivo completo. En estas sociedades los niños aumentan gradualmente sus actividades sexuales; en algunas de ellas la única restricción importante es el incesto.

Entre los chewa (Africa) los padres creen que si los niños no comienzan a ejercitarse sexualmente muy temprano en su vida no serán capaces de engendrar prole. Los lepcha (India) creen que los niños no maduran sin el beneficio del intercurso sexual. La vida sexual comienza en serio para los trobiandés (Sudamérica) desde los seis a los ocho años para las niñas y de los diez a los doce para los niños. La práctica incluye la masturbación, la estimulación oral de los genitales del mismo sexo o del contrario y la copulación heterosexual. Ningún matrimonio se consuma entre los triblandés sin un prolongado período de intimidad sexual, durante la cual son expuestos a prueba la sinceridad del afecto y la compatibilidad sexual.

Relaciones heterosexuales prematrimoniales. Muchos jóvenes defienden y reivindican las relaciones sexuales prematrimoniales, considerando que asegurar una buena sintonización sexual es imprescindible para el éxito del matrimonio.

Terman encontró que aproximadamente la mitad de los 760 maridos americanos que él estudió admitieron intercurso premarital con la mujer que luego desposaron. El 7 por 100 de este grupo dijo que había copulado por lo menos con otra mujer distinta antes del matrimonio, y el 27 por 100 mencionó intercurso con cinco o más mujeres antes del matrimonio. Sólo el 13,3 por 100 de las 777 esposas representadas en el estudio de Terman admitieron relaciones prematrimoniales con el marido, y un porcentaje muy inferior confesó intercurso con otros varones antes del matrimonio. La falta de acuerdo entre los informes ofrecidos por maridos y esposas refleja probablemente un grado diferente de renuencia a confesar relaciones sexuales prematrimoniales. Terman quedó particularmente impresionado por las diferencias en el comportamiento sexual premarital de las parejas casadas de mayor y menor edad. Observó que la proporción de hombres y mujeres que llegan vírgenes al matrimonio había disminuido constantemente entre las fechas aproximadas de 1910 y 1930.

Beach y Ford, después de una exhaustiva investigación en la conducta sexual de numerosos pueblos de los cinco continentes, concluyen: 1) que el ajuste sexual satisfactorio parece incrementar la probabilidad del éxito en el matrimonio; 2) que la ignorancia y falta de preparación reducen la probabilidad de que ocurra tal acoplamiento dichoso; 3) que una sociedad que per-

mite un amplio juego sexual en la infancia y adolescencia aumenta las probabilidades de que las relaciones sexuales en el matrimonio sean agradables y mutuamente satisfactorias.

Relaciones homosexuales. Pueden darse estas experiencias a causa de:

— La sexualidad del adolescente se proyecta hacia el otro; pero en principio no cuenta el sexo del «otro». En una primera etapa puede no matizarse esta condición.

— Dificultad en deslindar en esta época admiración, afecto, ternura y sexualidad.

— Cuando el adolescente ha recibido una educación segregada del sexo opuesto desconoce sus características y teme ser rechazado si no se comporta adecuadamente.

— Complejos de inferioridad.

— Dificultades en la identificación del propio sexo.

— Condiciones ambientales que sólo favorecen trato y encuentro afectivo con personas del mismo sexo.

— Miedo al otro sexo.

— Tabús sociales y familiares que reprimen el acto heterosexual.

Estas tendencias homosexuales en la mayoría de los casos son pasajeras. El chico proyecta sobre el amigo el ideal de sus aspiraciones, y por tanto tenderá hacia el compañero valiente, temerario y con éxito ante las mujeres. La chica se dejará cultivar por la compañera de la cual emana una feminidad que ella quisiera asimilar. Esta etapa homosexual desembocará mediante un proceso de identificación en una mejor definición propia. En ocasiones, las experiencias homosexuales repetidas condicionan aprendizajes que abocan en una conducta homosexual estable. Beach y Ford creen que los hombres y mujeres que son homosexuales exclusivamente se convierten en ello más a causa de la experiencia personal que a impulsos imperativos heredados y que la ausencia de toda respuesta consciente a los estímulos homosexuales reflejan probablemente los efectos inhibitorios del condicionamiento social.

Todo cuanto antecede no lleva el propósito de marcar un determinado e inflexible sistema de educación sexual. La educación sexual irá cambiando, porque el hombre está siempre en actitud de evolución y tendrá que estar en acorde la manera de realizar la sexualidad con su momento evolutivo.

Hemos querido reunir datos, ideas, verdades, que nos ayuden a confeccionar para nuestros niños, una educación sexual más de acuerdo con la realidad del hombre y que le ayude a realizarse como persona y como compañero.